

injustas fué uno de los motivos que impulsó al clero, y con él á todo el partido reaccionario, á reclamar la intervención. Una vez en México, la situación de los franceses no había dejado de ser embarazosa: la equidad les impedía aprobar la expropiación; y, por otra parte, ¿podían emplear sus armas en restablecer un estado de cosas generalmente desterrado de Europa y que ellos mismos habían abolido? Las instrucciones de Napoleón III al general Forey le habían prescrito que cubriese con su protección los intereses religiosos, pero que tranquilizase á los compradores de bienes nacionales. Fiel á esta doble recomendación, Forey había dicho en su proclama de 10 de junio de 1863: «La religión católica será protegida y los obispos repuestos en sus diócesis;» y había añadido: «Las ventas fraudulentas serán las únicas que podrán ser objeto de una revisión.» Instituída la Regencia, se produjeron dos corrientes: por un lado, monseñor Labastida pidió la revocación inmediata de las *leyes de reforma*; y por otro lado, Almonte, persuadido de que Francia no aprobaría la medida, procuró moderar á su colega. A Maximiliano pertenecería la decisión suprema. Hemos visto que al dejar á Europa su última etapa fué Roma. Desgraciadamente, de la entrevista del Padre Santo con el nuevo emperador no resultó ningún acuerdo. Al inclinarse hacia los liberales, Maximiliano acababa de indicar su orientación futura. Poco tiempo después, en diciembre de 1864, Pío IX envió un nuncio á México: esta solemne embajada, lejos de apaciguar el disenso, lo hizo estallar. El nuncio, monseñor Meglia, reclamó la vuelta al antiguo régimen: Maximiliano propuso el establecimiento de un orden de cosas bastante parecido al que existía en Francia. Uno y otro se obstinaron, y la dificultad se trocó en conflicto. La verdadera solución hubiera sido un concordato que, á costa de algunas concesiones mutuas, hubiese asegurado al país el inestimable beneficio de la paz religiosa. Parece que los bienes aún no vendidos, ó vendidos en condiciones revisables, hubiesen podido proporcionar los elementos de una transacción. Monseñor Meglia objetó la carencia de instrucciones y se pronunció con mucha vehemencia contra todo proyecto que rebajase á los individuos del clero al rango de funcionarios asalariados. Maximiliano perdió la paciencia y, extremando las cosas, hizo su *Concordato por sí solo*, como se dijo. Por decreto emanado de su voluntad soberana, reconoció la religión católica como religión del Estado; pero mediante otro decreto publicado el mismo día, arregló, sin ninguna inteligencia con el poder eclesiástico, la suerte de los bienes secularizados. El acto del príncipe pareció muy precipitado, muy autoritario, y en toda Europa suscitó vivas censuras de parte de la prensa religiosa, que creyó ver reproducirse en el archiduque el viejo espíritu de José II. A los mexicanos les importaba poco el espíritu de este monarca; en cambio, les asombraba que su emperador se apresurase tanto á desprenderse de sus primeros amigos. Quedaba, en verdad, el partido liberal, llamado también partido nacional, en torno del príncipe. Pero este partido que, lejos de llamar á Maximiliano, lo había combatido, ¿se agruparía realmente en torno del soberano? Y, sobre todo, ¿le sería fiel más allá de los días de triunfo?

Afortunadamente para Maximiliano, los triunfos con-

tinuaban, y continuaban por las armas francesas. Durante el año de 1864 y los primeros meses de 1865, casi todas las operaciones militares tuvieron éxito. De ahí ciertas apariencias brillantes que prolongaron las ilusiones.

La primavera de 1864 había sido empleada en consolidar en el centro de México la obra de pacificación. El general Douay había pacificado la región de Guadalupe, mientras el coronel Garnier destruía las guerrillas en torno de Guanajuato (1). Algún tiempo después, como uno de los lugartenientes de Juárez, Doblado, se presentase ante Monterey, el coronel Aymard, unido á la división de Mejía, lo batió cerca de Matehuala. En el mes de junio empezó una gran campaña hacia el Norte, con el objeto de desalojar á Juárez y rechazarlo, de retirada en retirada, hasta la frontera de los Estados Unidos. Formáronse varias columnas destinadas á combinar su acción y á apoyarse mutuamente. El general Lheriller partió de Zacatecas el 22 de junio y entró el 4 de julio en Durango. El general Castagny llegó á Saltillo el 20 de agosto y seis días después á Monterey. El 21 de septiembre libróse en Cerro de Majoma un brillante combate que dispersó las mejores fuerzas del ejército republicano. El 26 de septiembre, al extremo de nuestra línea y á orillas del Atlántico, fué ocupado Matamoros. Juárez había enviado ya su familia á los Estados Unidos, y él mismo se refugió en Chihuahua. Los resultados eran considerables y hubieran sido más decisivos todavía si el mal tiempo, los malos caminos, las distancias, que eran enormes, y los intervalos entre las columnas de operaciones no hubiesen dificultado la campaña.

Después del Norte, el Sur. A más de cien leguas al Mediodía de México, la importante ciudad de Oajaca se había negado hasta entonces á reconocer el imperio. Allí dominaba Porfirio Díaz, que disponía de contingentes bastante importantes. A mediados de 1864, empezáronse los preparativos para el ataque de dicha plaza. Abrióse una carretera para los transportes militares y se expidieron luego de México considerables convoyes de municiones y material de guerra. Los primeros reconocimientos en torno de la ciudad hicieron temer una resistencia tenaz. Por la disposición de sus calles, Oajaca recordaba á Puebla. Los puntos principales habían sido provistos de parapetos de tierra y barricadas. Con feroz energía, los jefes militares habían arrasado todos los edificios que podían estorbar para la defensa y habían utilizado los materiales de los mismos. La operación fué tan importante, que Bazaine quiso dirigirla en persona. En 15 de enero, el general en jefe llegó á Etna, pueblo situado á seis leguas de la ciudad, teniendo á sus órdenes unos 6.000 hombres. Oajaca contaba 7.000 defensores. La ciudad fué investida y el general suplió el escaso número de tropas con hábiles disposiciones. El 10 de febrero se abrió la trinchera. Creíase que la lucha sería larga, difícil, señalada quizá por algunos de esos episodios que habían hecho famoso el sitio de Puebla; pero el desenlace se precipitó cuando aún se le consideraba lejano. El 9 de febrero de 1865, cuando Bazaine, contrariado en sus trabajos de apuro por la naturaleza del suelo, preparaba un ataque á

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 480.

viva fuerza, Porfirio Díaz entregó la plaza á discreción.

La toma de Oajaca marca la época más próspera de la ocupación francesa y el punto culminante en la carrera de Bazaine. Al comandante en jefe todo le sonreía. Pocos meses antes había sido elevado á la dignidad de mariscal. El cuerpo expedicionario de su mando, compuesto de más de 30.000 hombres, merecía el nombre de ejército. Había que añadir los contingentes indígenas y además una legión belga y una legión austriaca que acababan de formarse. Dueño absoluto de las cosas militares, Bazaine no sólo igualaba, sino que dominaba al emperador. La conquista de Oajaca venía á aumentar su fama. No es que la operación fuese muy gloriosa en sí; pero decían que era menester que el prestigio de nuestras armas fuese muy grande para que el enemigo más temible, aterrorizado de pronto, evitase nuestro ataque por medio de su sumisión. Si el jefe de la expedición francesa tenía motivos de satisfacción, la obra de la regeneración mexicana parecía seguir por mejor camino. Hubo entonces un momento, aunque muy fugaz, en que el aspecto exterior de las cosas autorizaba vagamente la esperanza del éxito final. En el centro del Imperio el partido republicano estaba visiblemente desalentado. Unos se adherían por prudencia y otros por ambición, sin contar los que se rendían á la bondad del soberano. Atestiguaban esa pacificación los progresos de la seguridad pública. Los Estados de México, de Puebla, de Querétaro, de Guanajuato y de San Luis parecían espurgados para siempre de guerrillas y plenamente sometidos á las autoridades regulares.

El despejo fué corto, sin haber sido nunca completo. Pronto volvió á obscurecerse el horizonte para no volverse á serenar. Bazaine, vencedor de Oajaca, apenas había vuelto á México cuando á la vez tuvo que atender á tres puntos distintos donde se reanimaba el fuego.

En el litoral del Pacífico varias tropas de desembarco ocupaban, desde fines de 1864, el puesto de Mazatlán. La pequeña guarnición fué pronto bloqueada. Una fuerte columna, que de Durango fué enviada en su auxilio, no pudo llegar allí sino á través de toda clase de obstáculos. Al pasar las montañas, encontró las partidas juaristas en un sitio llamado *Espinazo del Diablo* y no pudo rechazarlas sino después de un rudo combate. Todos los encuentros no fueron igualmente afortunados; pocos días después, en el pueblo de Veranos, toda una compañía fué destruída. Dos meses más tarde, el 29 de marzo, Guaymas fué ocupado como lo había sido Mazatlán. Pero, á pesar de estos esfuerzos, era evidente que aquellas regiones nos escaparían siempre. En los puertos reinaba la influencia de los americanos del Norte, enteramente dueños del comercio, y muy hostiles á la intervención. En cuanto á las vastas soledades de la Sonora y del Sinaloa, su misma inmensidad les garantía contra toda conquista duradera. Iba á haber una serie de combates oscuros y de rigores extremados, pues por una y otra parte exasperaba la lucha. Después del combate de Veranos, el general Castagny incendió el pueblo para castigar á sus habitantes por su complicidad con el enemigo, y en aquella misma época el juarista Corona mató á sus prisioneros. La guerra iba á continuar con episodios no menos feroces y sin que se pudiese prever su fin.

Tales eran las noticias que llegaban del extremo Oes-

te. Más cerca de México, en el Michoacán, la insurrección despertaba. Allí combatían varios jefes juaristas de los más activos, tales como Regules, Riva Palacio y Arteaga. El 11 de abril, la legión belga, recién formada, sufrió en Tacambaro la más dolorosa derrota. Perdió unos sesenta hombres entre muertos y heridos, y dejó en poder del enemigo 200 prisioneros. Sólo tres meses más tarde tomó su revancha, y la tomó en el mismo sitio en que había sufrido su derrota.

Hacia el Norte, el objeto era siempre el mismo: rechazar á Juárez más allá del Río Bravo. Lejos de que se realizase esta esperanza, vióse en abril de 1865 á uno de los jefes liberales, Negrete, tomar una audaz ofensiva, correrse al Mediodía y arrebatarnos momentáneamente algunas de nuestras conquistas. Entró el 9 de abril en Saltillo, el 12 en Monterey y amenazó á Matamoros. Pronto se vió obligado á retirarse y sus contingentes se disolvieron. Pero ¡cuán precaria no era nuestra ocupación, siempre á merced de cualquier incidente ó sorpresa! Tres meses después, en agosto, una marcha atrevida llevó nuestras armas hasta Chihuahua y obligó á Juárez á una nueva retirada. Sin embargo, la victoria fué incompleta, pues nuestro tenaz adversario se detuvo en Paso del Norte, sin pasar la frontera de los Estados Unidos.

Así continuaba, en medio de toda clase de alternativas, la campaña de 1865, inaugurada bajo los mejores auspicios. La fugaz esperanza de pacificación se había desvanecido. ¿Puede decirse que hubo días felices para el Imperio mexicano? No; pero al menos había habido algunos días de engañosa ilusión; mas estos días habían pasado ya, pues había llegado la hora en que las causas de disolución iban á manifestarse tan claramente que el ojo menos ejercitado podría discernirlas.

IV

No quiero anotar día por día los actos de Maximiliano y sí únicamente poner de relieve las ideas y los hechos principales que permiten formar juicio del monarca y de su obra.

El que estudia el reinado del príncipe se extraña, no de que fracasara, sino de que en presencia de los innumerables obstáculos con que había de luchar no rechazara la corona que desde lejos había podido seducirle ó deslumbrarle. De todos aquellos obstáculos el mayor era el estado social de México: las denominaciones habituales de liberales y conservadores, de reaccionarios y republicanos, sólo imperfectamente correspondían á la realidad de las cosas; pues, propiamente hablando, los mexicanos se dividían en dos clases, una que ejercía la tiranía y otra que pasivamente la soportaba. Las largas costumbres de discordia habían hecho de la guerra civil una verdadera industria, la única próspera; y todos los ambiciosos, los aficionados á aventuras, los enemigos del diario trabajo, se afiliaban á un partido y vivían de ello. Todos aquellos políticos se parecían: reclutaban algunas partidas, ora recurriendo á la fuerza, ora mostrando el cebo del botín, y en seguida se proclamaban generales, cobraban contribuciones y combatían como bandidos á la vez que como soldados; si triunfaban, participaban del poder, compartiéndolo con algunos personajes civiles, que se habían elevado por la intriga co-

mo ellos por la violencia, y proscribiendo sin piedad á sus adversarios; si eran vencidos, se esforzaban por llegar hasta la costa ó los asilos de los montes en espera de mejor fortuna, y en caso de ser capturados no perdían inútilmente el tiempo en solicitar una clemencia que no había de serles concedida, y aceptaban en silencio la suerte que ellos habrían impuesto al bando enemigo. Contrastando con esta turbulenta y cruel oligarquía, componíase el resto de la nación de masas dóciles, honradas, laboriosas y sobre todo ávidas de paz: á esta multitud debió de haber recurrido el emperador para realizar la creación de un gran partido nacional; pero aun cuando aquella masa constituía una mayoría inmensa, tan difícil había de ser triunfar de su inercia como domeñar á los fautores de sedición. Era tan tímida, que apenas había de atreverse á coger la mano que se le tendiera; nada había de hacer por sí misma, ni había de poseer más fuerza que la que se le prestara, reclamando soldados que la guardaran, funcionarios que la dirigieran, capitales con que desarrollar sus empresas, en una palabra, todo aquello que sólo hubiera podido darle el monarca más sólidamente establecido en su trono. Agradecida al emperador por sus rectas intenciones, le animaría con aclamaciones conmovedoras; pero difícilmente haría más; y aun aquel afecto sería inquieto, estaría agitado por toda clase de temores y al primer fracaso de nuestra política ó de nuestras armas, las desdichadas poblaciones, aterrorizadas por nuestra audacia, se prepararían tímidamente para la neutralidad. El soberano era débil; pero ellas todavía lo eran más. ¡Cómo era posible, pues, que estas dos debilidades constituyesen una fuerza! Tal era el llamado *partido nacional*: preciso sería, por consiguiente, crear este partido y, después de haberlo creado, organizarlo, y luego ofrecerle cada día un nuevo éxito que le impidiera temblar.

Dada esta falta absoluta de costumbres políticas, una sólida jerarquía de funcionarios habría tal vez servido de apoyo al naciente imperio; pero Maximiliano, que ninguna fuerza real había de obtener del concurso de sus súbditos, sólo á medias podía contar con sus propios agentes. No abundaban en México los hombres laboriosos, ilustrados, íntegros; los más listos no se entregaban sin reservas, mirando hacia atrás y midiendo fríamente las ventajas y los riesgos, de suerte que su fidelidad había de ser tanto menos segura cuanto más la hicieran necesaria los peligros del trono. El emperador, en situación tan apurada, dirigió sus ojos á los extranjeros: los oficiales franceses habrían sido un recurso precioso; pero no podían serle facilitados sino de una manera transitoria y además hubieran debido ejercer sus funciones bajo la inspección de Bazaine, tan accesible á los celos y á las sospechas, de suerte que á la primera indicación del mariscal ó de su mismo soberano habrían tenido que volver á las filas del ejército. Muchos belgas habían acompañado á la emperatriz Carlota; uno de ellos, el señor Eloit, fué jefe del gabinete del emperador y con su constante hostilidad hacia los franceses ejerció sobre el príncipe una funesta influencia. También habían ido con Maximiliano algunos austríacos: eran los amigos personales del archiduque, que se mostraban ansiosos por la suerte de su señor y se preocupaban más del bienestar de éste que de su trono. Entre todos estos servidores de tan diversos orígenes reinaban profundas

rivalidades y sus consejos contradictorios no engendraban más que confusión. Como la carencia de hombres era mayor de día en día, pidiéronse á Europa administradores y financieros, y aunque llegaron algunos, su presencia no aprovechó mucho á la cosa pública y el resultado más claro de esas misiones fué el dinero gastado en ellas. De todos estos agentes extraordinarios el más notable fué un consejero de Estado, Sr. Langlois, que llegó á México procedente de Francia en 1865; pero para colmo de males murió poco después de haber llegado.

Los franceses presenciaban esta impotencia para crear un orden civil duradero y se imponían con su espada; pero había de llegar un momento, que ya podía prevederse, en que Napoleón, apremiado por el sentimiento público, los llamaría nuevamente á su patria; y entonces, ¿qué quedaría para proteger al imperio? A fines de 1864 había desembarcado en Veracruz una legión belga compuesta de 1.500 hombres, y poco después llegó una legión austríaca que alcanzó un efectivo de 6.000; estos cuerpos estaban bien organizados y bien mandados y habían de constituir un auxilio precioso; pero, andando el tiempo, las privaciones, los desengaños, los fracasos, las rivalidades con el ejército francés habían de alterar su espíritu primitivo y una sola pasión había de apoderarse de todos los corazones, la de regresar al país natal. Siendo como era soberano mexicano, hubiera sido lógico que Maximiliano pusiera su principal punto de apoyo en el ejército indígena, que contenía elementos bastante buenos y uno de cuyos jefes, Mejía, habría sido en cualquier país un militar excelente, valeroso, inteligente y fiel; pero desgraciadamente la penuria financiera había de obligar muy pronto á realizar funestas economías. Además, Maximiliano, en su preocupación constante de imitar al viejo continente, meditaba toda clase de reorganizaciones á la europea; y esos proyectos, mal concebidos y sucesivamente abandonados y adoptados de nuevo, habían de aumentar la general confusión y de dar por resultado final el desacreditar el antiguo sistema sin que ningún sistema nuevo lo reemplazara.

Una circunstancia habría podido favorecer en alto grado la consolidación del imperio, á saber, los beneficios que al país reportaba la ocupación francesa; pero en el otoño de 1865 nuestras tropas evacuaron, principalmente en el Norte, muchas de las poblaciones que habían ocupado, y las confiaron, según rezaban las proclamas oficiales, al patriotismo de los habitantes. Los liberales volvieron á entrar en las playas abandonadas, é, invocando á su vez el patriotismo, castigaron como traición toda complicidad con los extranjeros. Puestas entre la protección precaria de los imperiales y las venganzas de los disidentes, las infelices ciudades sólo de una cosa se preocuparon, y fué de no comprometerse con nadie; así es que cuando reapareció en ellas nuestra bandera, todo el mundo se ocultó substrañéndose á los favores franceses y repudiando nuestra peligrosa amistad. A los juaristas sus propios excesos les aprovecharon, porque habiendo llegado el miedo á ser la regla única, la gente procuró no incurrir en sus represalias, tanto menos cuanto que se sabía que eran inaccesibles á toda piedad.

Aquel país parecía hecho ex profeso para que en él

se reprodujera el incendio de las luchas civiles aun en los momentos en que se le creía extinguido por completo. Todo favorecía la guerra intestina: la extensión del territorio que imposibilitaba las persecuciones; la abundancia de caballos que permitía una fuga rápida; los hábitos generales de frugalidad y de resistencia á la fatiga; y la timidez de los habitantes pacíficos que, viendo en cada soldado un bandido pronto á la violencia, raras veces osaban negar un informe ó un asilo. En la región de las altas mesetas, las guerrillas encontraban numerosos refugios al través de las montañas; y en la región baja, la insalubridad del clima, más temible para las tropas europeas que para ellas mismas, era para ellas una seguridad. Tras de este enemigo iban nuestros soldados incesantemente, ora hundiéndose en los pantanos de las tierras cálidas, ora salvando barrancas ó recorriendo las altas llanuras sin agua; en vano hacían dobles etapas, en vano desafiaban el hambre, la sed y la fatiga, puesto que muy raras veces lograban alcanzar al adversario; y desesperadas por esas marchas sin fin, aconteció en algunas circunstancias que olvidaron su moderación habitual y aplicaron al enemigo, cuando pudieron darle alcance, todo el rigor de las implacables costumbres mexicanas. Aquella exasperación acabó por comunicarse también á los gobernantes, quienes, viendo que no había medio de vencer á los disidentes, consideraron que lo más sencillo era declararlos fuera de la ley y decidir que toda resistencia se denominaría en lo sucesivo, no acto de guerra, sino bandolerismo. En septiembre de 1865, la noticia, muy pronto desmentida, de que Juárez se había retirado á los Estados Unidos, sirvió de pretexto para proclamar que en el territorio mexicano ya no había republicanos y si únicamente rebeldes: así se explica el famoso decreto de 3 de octubre que Maximiliano publicó bajo la presión de la autoridad francesa y que castigaba con pena de muerte á cualquiera que formase parte de las partidas ó fuese de ellas cómplice. Varios jefes juaristas, culpables, por otra parte, de odiosos excesos, como Arteaga y Salazar, fueron víctimas de aquella rigurosa disposición y con arreglo á la misma fusilados; pero el decreto causó otra víctima más, el propio Maximiliano, que dos años después, siendo prisionero de Juárez, sucumbió á una ley análoga á la que él antes promulgara.

En los cortos períodos de calma que dejaba la guerra, Maximiliano pudo hacerse cargo de los recursos de su nueva patria. México ofrecía la imagen de una gran riqueza al par que de una indigencia grande: sin pecar de temeridad podía asegurarse que encerraba en sus entrañas inmensos yacimientos mineros; además la agricultura había de prestarse á toda suerte de progresos, pues aunque la insalubridad de las tierras bajas hacía peligroso, á lo menos para los europeos, toda residencia permanente, y aunque los distritos montañosos eran casi estériles, en cambio los valles salúferos de las regiones templadas y hasta ciertas llanuras asombraban por su fertilidad; y, finalmente, los puertos situados en ambos océanos podían llegar á ser los agentes del comercio más activo y más fructuoso. En cambio, en ninguna parte había el trabajo desarrollado menos lo que la naturaleza había dado: durante algunos siglos, España había mantenido su colonia en una dura dependencia, y los brazos, embotados en la servidumbre, conser-

vaban, aun después de su independencia, las señales de sus antiguas ataduras; y si bien de la multitud inerte se habían destacado algunos hombres bulliciosos, éstos habían puesto todo su ardor en las guerras civiles y se habían dedicado á destruir, así como en otras partes la gente se dedica á crear. Maximiliano intentó los más laudables esfuerzos para estimular á su pueblo, concediendo ferrocarriles, abriendo caminos, construyendo líneas telegráficas, decretando el establecimiento de escuelas industriales y de institutos agrícolas y ofreciendo toda clase de apoyos á las explotaciones indígenas ó extranjeras; pero la atención del príncipe sólo con in-



El general mejicano D. Tomás Mejía

termitencias podía consagrarse á estas múltiples cosas, pues la preocupación diaria era no el prosperar, sino el vivir. Antes de fecundar el imperio, era menester conquistarlo, y en aquel entonces todo faltaba, trabajadores, hábitos de iniciativa, seguridad para el día de mañana, y por encima de todo esto faltaban los capitales.

Y aquí tocamos el punto más débil de la empresa. En las correspondencias llegadas de México en aquella época vemos, en general, los más sombríos pronósticos acerca del porvenir; pero estos temores van siempre acompañados de una salvedad: muy distinto podría ser el resultado, se dice en aquéllas, si Francia, renunciando á todo reembolso actual de sus anticipos, pudiera asegurar á Maximiliano, durante un período indeterminado, 150 ó 200 millones cada año.

Lo que era más necesario fué precisamente lo que escaseó más: la expedición comenzó por un ensueño épico y terminó como una cuenta de mercader. No hay historia más lamentable que la historia financiera del imperio mexicano.

El día de su advenimiento, el príncipe había firmado, como hemos visto, la onerosa *Convención de Miramar*. Sólo deudas llevaba, pues, á su patria adoptiva, la cual á su vez sólo había de ofrecerle cargas. El único camino de salvación era recurrir al crédito, y por